

se abriese el abismo. En el fondo de todas las cosas se percibía un mal presagio.

Una nueva extraña se extiende al fin en plena paz, anunciando que un rumor sordo, semejante al del choque de las armas, se ha oído en el territorio latino. El pueblo romano se inquieta, se aterra; interroga solemnemente á los arúspices, y éstos le responden que aquel ruido sordo anuncia que la forma de la sociedad está próxima á cambiar.

Sucedía esto pocos años antes de la ruina de la república; ya entonces se oían los crujidos del edificio.

III

Los Césares.—La religión del derecho.—Fin de la ciudad antigua

En la manía de inventar auspicios á gusto de su política, acabaron los partidos por privar al pueblo de toda religión, y como en él religión era sinónimo de temor, hallóse á un mismo tiempo desembarazado de estos dos frenos, y no se confió más que á la fuerza, lo que le condujo necesariamente al régimen de los emperadores. El Foro estuvo en medio de los ejércitos, y á nadie admiró el que Valerio Máximo dijera á Tiberio en el prefacio de su libro: «Las otras divinidades no existen más que en la opinión, pero tu divinidad la vemos y tocamos en ti. Hemos tomado al mundo el resto de sus dioses, y le hemos dado los Césares.»

No hay para qué admirarse, pues, si tantos emperadores se creyeron de la familia de los dioses ó se tuvieron á sí mismos por tales, consecuencia natural de la idea que los romanos acabaron por formarse de las religiones paganas. Ya desde los tiempos de Ennio creían los patricios que los dio-

ses no eran otra cosa que grandes hombres, y una vez admitida esta doctrina, pronto no hubo César que no se juzgase igual á Saturno, Hércules ó Quirino. ¿No había sido Júpiter un pequeño rey de Creta? ¿Por qué, pues, el señor del mundo romano no había de ser la divinidad de su época? ¿Por qué no tomar en serio la apoteosis? La imitación de los Olímpicos explica por sí sola el estado monstruoso en que vivieron la mayor parte de los emperadores, estado que no tiene igual en ninguna otra época de la historia: ¡hombres que perdían la razón remedando á los dioses! El género humano prosternado á sus pies, medio loco como ellos, élévales templos y les consagra colegios de sacerdotes. ¡Ellos mismos ofrecen sacrificios á su propia divinidad! ¿Cómo era posible prolongar impunemente por mucho tiempo aquel juego?

La razón de César supo resistirlo, pero ya con Antonio comienza el delirio: cambia su nombre, se llama el padre Baco, y es el primero que con el tirso en la mano se embriaga con la copa del néctar. Calígula decía á Júpiter: «Mátame, ó te mataré.» ¿Y quién sabe lo que habrá de verdad en sus amores nocturnos con la luna? Domiciano sella sus decretos: «Vuestro Señor y vuestro Dios.» Heliofábalo, que quería ser llamado el señor Sol, no era el más insensato entre todos estos iluminados del evehemerismo.

Pero aquello mismo que parecía conducir al extravío universal, fué precisamente lo que salvó

á la razón humana. De la confusión de todos los dioses en el sistema romano se sacó la consecuencia de que sólo diferían en los nombres, reduciéndose todos á uno solo. Es verdaderamente increíble con qué autoridad se arraigó en las leyes é instituciones sociales esta idea de unidad, así que hubo entrado en el paganismo. No le opuso obstáculo el desvanecimiento de los emperadores; antes bien, le ayudaron á su pesar, y vióse á un mismo tiempo todo lo que allí hubo de más desenfrenado y lo que hubo de más razonable, el delirio de los doce Césares y la edad de oro del derecho romano. Al lado de cada una de aquellas dinastías de insensatos se encuentra un representante de lo que se ha llamado la Razón escrita, y que él mismo se titulaba sacerdote del derecho. Gayo se encuentra con Cómodo, Papiniano con Caracalla, Ulpiano con Heliofábalo. Los Césares, que parecían otras tantas barreras vivas contra la innovación, se convierten en sus serviles instrumentos. Hubo entre estos furiosos quien arrastrase, rugiendo, el carro de la humanidad.

«Hemos hablado hasta aquí del príncipe—dice Suetonio—; hablemos ahora del monstruo.» Del mismo modo se expresa Tácito, pero no nota bastante que hay dos personas en cada César, el príncipe y el legislador: las acciones del uno son infames; las constituciones civiles del segundo son casi siempre liberales y humanas, porque en las unas obedecían á su genio particular; en las otras, al

espíritu general de las religiones, transformadas por los estoicos. ¡Singular preocupación por los miserables y los débiles la de aquellos hombres hartos de sangre! Sus manos execrables son las que corrigen la barbarie de la antigua familia patricia, y por sus edictos son emancipados la mujer, el minero y el esclavo. Mil veces fué repetida, bajo sus reinados, aquella frase de uno de ellos: «Dejad que alimente á la plebe.» El proscriptor Octavio asegura la libertad y la dignidad de la mujer; Tiberio establece á nombre del Estado el crédito hipotecario, sin interés; Nerón establece la justicia gratuita; propone la abolición del impuesto, «el más bello presente—dice Tácito—que pudo hacer al universo»; limita el derecho de la lanza contra los pobres, y toma á su cargo contra la nobleza la causa de los libertos, esto es, de todo el mundo; Domiciano les asegura la igualdad con los caballeros. ¿Quién declara inviolable la vida del esclavo, tanto como la del hombre libre? ¿Quién defiende el principio de igualdad contra el privilegio, el espíritu innovador contra el espíritu rutinario? El imbécil Claudio. ¿De dónde ha sacado el esposo de Mesalina esta conmiseración completamente nueva por la madre privada de sus hijos? Adriano, Cómodo, Alejandro, protegen al esclavo contra la prostitución, contra el abandono, hasta contra la injuria, haciendo ya de él casi un hombre. ¿Cuál es el nombre que se encuentra al pie de este rescripto magnánimo? «Si diste la libertad á

quien no la debías, ten entendido que no puedes volvérsela á quitar.» El de Caracalla diólo al principio de su reinado. Más tarde se indigna á la idea de la pena de cadena perpetua en una sociedad de hombres libres, y acaba por sobrepujar á los Gracos, concediendo la igualdad social á *todos los habitantes del mundo romano*, esto es, á casi toda la tierra. Tan grande es el poder de un dogma nuevo, desde el instante en que comienza á inocularse en las instituciones sociales que los mismos monstruos le obedecen.

Así como los elementos ciegos, el agua, el fuego, el vapor condensado, sirven en nuestros tiempos á la alianza de los pueblos y realizan un fin que con frecuencia abandona la conciencia humana, así bajo el imperio se vió á los poderes desenfrenados cumplir las reformas sociales, y á los mayores enemigos del género humano acabar, á su pesar, la obra de los más sabios filósofos.

Aquellos tiranos que parecían dementes, tenían las manos encadenadas por una fuerza que no conocían, sin que pudiesen subsistir un momento sino á condición de abandonarse á la corriente de las cosas nuevas y de arrasar al paso todos los restos de las tiranías de la sociedad patricia. Ellos fueron los que destruyeron ó arruinaron el privilegio del padre sobre el hijo, del hombre sobre la mujer, del noble sobre el plebeyo, del plebeyo sobre el extranjero, de Roma sobre los latinos, de los latinos sobre los italiotas, de los italiotas sobre los provinciales,

de los provinciales sobre los dedicios, de la ciudad sobre las colonias, de los patronos sobre los libertos, de la propiedad romana sobre la propiedad provincial, del viejo derecho quiritarario sobre la equidad natural. Después de esto, ¿qué queda de las desigualdades sociales, de las fórmulas jurídicas de la antigua sociedad? ¿Cómo Catón reconocería la Roma implacable de su tiempo? Sin saberlo, estos obreros ciegos levantaron la ciudad universal de los estoicos.

Tal es el espectáculo que ofrece el derecho romano. El principio de igualdad social bajo la forma pagana del estoicismo se organiza en la ley á despecho del mismo legislador. La conciencia humana parece no tomar parte en este trabajo, y la justicia descende en las instituciones civiles como una geometría sagrada. Esta fuerza indomable, que obra, por decirlo así, por sí propia, y á la cual se pliegan como esclavos los emperadores sin soñar nunca en contrariarla, es el último milagro de la antigüedad. Recórranse una por una sus constituciones; apenas se descubrirá diferencia entre los Marco Aurelios y los Heliogábalos: todos obedecen á una especie de matemática del derecho, que se prosigue impasible de reinado en reinado, y los encadena igualmente al mismo nivel. Sociedad que se recoge en sí misma, antes de desaparecer, para legar al mundo el testamento de justicia que lo rige todavía; diríase que el dogma de los estoicos, el alma del mundo, se apodera del cuerpo social y

en él se desenvuelve por la humanidad, independientemente de los individuos. Vemos á este poder servirse de los peores príncipes, á una serie de hombres sanguinarios ser los instrumentos pasivos de la equidad natural, á los más bárbaros dictar los mandamientos de la humanidad, á la conciencia manifestarse por aquellos que han perdido toda conciencia, y á los más insensatos concurrir á la obra de la razón por excelencia.

La transformación social que se cumplía en el derecho romano, era la misma que se anunciaba en el cristianismo; ambas iban al mismo fin, á la igualdad de la raza humana. Por esto las dos revoluciones pudieron subsistir juntas, y después de la caída del paganismo, el derecho romano, que era su más alta expresión, continuó rigiendo á los pueblos cristianos. He aquí la causa de que la época monstruosa del imperio quede en la memoria de los italianos de la Edad Media como un ideal popular de felicidad. Dante vivió aún bajo esta fascinación.

Si se estudiasen, bajo este punto de vista, los edictos de los emperadores más depravados, nos admiraríamos de ver á la lengua latina plegarse á una multitud de neologismos, necesarios ya, para expresar aquella solicitud completamente nueva en favor de los débiles, de los pequeños, de los miserables, esto es, de las clases sin nombre, que la ley de las Doce Tablas no conocía. «Trátase principalmente—dice Diocleciano—del interés de la

clase de los más pobres, frecuentemente oprimida por la intervención de los más ricos.» ¿Qué lenguaje tan nuevo es este? ¿Qué queda aquí de la antigua ley? El interés de la *Novela* es ahora para el pobre contra el rico, para la miseria del deudor contra la voracidad del acreedor.

Entre el edicto de Diocleciano sobre los pobres y el de Constantino sobre las viudas y los huérfanos, existe íntimo parentesco; el uno conduce al otro. La filosofía y el Evangelio se aproximan insensiblemente en un mismo espíritu. Por algún tiempo se distinguen aún, con gran trabajo, ligeras diferencias entre los edictos de los emperadores paganos y cristianos; al fin estos matices se confunden en la revolución de Justiniano. Ríos nacidos de dos fuentes opuestas mezclan sus aguas en el mismo cauce, y el estoicismo y el cristianismo, Diocleciano y Constantino, Ulpiano y San Pablo, el perseguidor y el perseguido, acaban por confundirse y perderse en el océano de las leyes romanas.

Falta explicar cómo con tan buenas leyes, la vida acabó por ser insufrible. Porque los que echaban de menos la libertad política no se cuidaban de las reformas sociales, y al contrario, los que llevaban á cabo estas reformas, eran los enemigos declarados de la libertad política. En Tácito, principalmente, es donde resalta esta división; último representante de la libertad, detestaba la tradición plebeya de los Gracos y de los tribunos. Los jurisconsultos, por otra parte, que introducían en las

leyes civiles tantas novedades, tantas rogaciones tribunicias, sufrían sin gran impaciencia la tiranía de los emperadores. No impidió esto el triunfo de las nuevas ideas, pero hizo que triunfases en cierto modo por sí mismas en una forma monstruosa y envilecida, esto es, que su victoria fué más teórica que práctica. Cuando las novedades sociales hubieron triunfado independientemente de toda cuestión política, advirtiéndose que la antigua ciudad había sido destruída, que se había levantado otra nueva, que se habían hecho leyes excelentes, pero que no había en el Estado á quien aplicarlas.

Creo que esta historia puede resumirse así: cuando la lucha se prolonga demasiado, sucede que todo cuanto el hombre se ve obligado á realizar en favor de su triunfo, le deprava, de modo que muchas veces, cuando acaba de vencer, es precisamente cuando ha dejado de ser digno de la victoria: testigo la democracia romana. Monarquía, aristocracia, plebe, Senado, república, imperio, todo parecía servir únicamente al establecimiento de la igualdad, de la unidad social, que se impone en el último instante con poder invencible. El carro está tan bien dirigido, que llega al fin sin que pueda nadie honrarse por ello. Marcha, se precipita á través de las generaciones malditas, impulsado por la sola fuerza de las ideas; cuando al fin toca en la meta, no hay ya nadie en el imperio que pueda aprovechar aquellas leyes. Un mundo nuevo sobrevive que las hereda.

Veleyo Patértulo, en sus himnos á Tiberio, deja escapar algunos acentos, que muestran á las claras cuáles eran las ilusiones de las clases elevadas. Corrían delante de la servidumbre del imperio, porque esperaban el restablecimiento de los privilegios de la nobleza y del Senado, la restauración de las antiguas formas aristocráticas y la vuelta al antiguo orden de cosas, siendo así que estas familias debían, por el contrario, ser exterminadas sin exceptuar una por el sistema imperial. Póstranse ante el príncipe, que les promete la paz con el goce del pasado; pero en vez de tantos bienes esperados reciben el filo del cuchillo en la garganta.

De todos los proyectos atribuidos á Catilina, incendio de Roma, proscripción de los ricos, matanza de la nobleza, anulación de toda superioridad social, no hubo uno que no fuese realizado por algunos de los emperadores. La conspiración contra el antiguo orden de cosas que se había ocultado primero bajo las águilas de Mario, fué consumada por los Césares, pereciendo de este modo la sociedad por las manos llamadas á salvarla. Unidad de dioses por el estoicismo, unidad del mundo social por los emperadores; la ciudad pagana no podía ir más lejos. La conciencia menospreciada y el derecho adorado: ¿podía esto ser el estado permanente y la religión del género humano? En la justicia de aquellos hombres injustos había una monstruosidad por donde el mundo antiguo había de perecer; era la falta de coraza.

Juliano, Simaco, Zósimo, vieron claramente que la sociedad antigua estaba perdida si sus dioses se arruinaban, pero no vieron que estos mismos dioses eran incapaces de sostenerla por mucho tiempo; era un edificio que carecía de base y que se desplomó desde que se pretendió cambiar sus cimientos. La prueba más grande para una sociedad consiste en pasar de una religión á otra, y en este esfuerzo fué precisamente donde se arruinó la sociedad antigua. No bien Arcadio y Honorio hubieron ordenado la destrucción de los monumentos paganos, viéronse huir los espíritus del paganismo y el imperio romano se hundió con los cimientos del último templo.

La multitud de nacionalidades, hostiles entre sí, de que se formaba la antigua ciudad, no tenía otro lazo moral que la alianza de los dioses, y así que este lazo se rompió, el haz se deshizo. Muerto el paganismo, un vacío inmenso se extendió en el imperio y los bárbaros no tuvieron más trabajo que entrar en él.

Y todavía hallaron más fácil el camino cuando se convirtieron al cristianismo, porque su nueva religión fué durante mucho tiempo la condenación de la antigua. No se presentaron ya como aliados ni como suplicantes para pedir tierras, sino que se adjudicaron su parte en el nuevo derecho de gentes, esto es, entraron en las tierras romanas como en un mundo que les pertenecía. Mientras que los últimos paganos estaban desesperados, muchos bár-

baros se creyeron ejecutores de una misión de venganza celeste contra el antiguo culto; se apellidaron el *Martillo de Dios* y se pusieron á destruir los templos, sin respetar más que las iglesias, hasta el punto de pensar algunos que llegaban de las extremidades del universo para decidir la victoria divina. Fué aquella una fuerza moral incomparable, que dió á las últimas irrupciones la energía de una revolución de la Naturaleza. Roma, después de haber adorado á todos los dioses del universo, fué destruida por el único cuya evocación había olvidado en el saqueo de Jerusalén.

Así como cada provincia de la antigüedad llevó al cristianismo su espíritu particular, el Oriente el culto de la Encarnación, la Grecia el platonismo, así también Roma llevó á él, con el espíritu de la unidad, la religión del temor pegada á sus murallas. Desde los primeros emperadores se había visto al Senado, erigido en conclave, decidir soberanamente en materia de religión entre todos los sacerdocios del paganismo. El pontífice de Júpiter Capitolino era el sacerdote del universo; de esto al principio del catolicismo romano no había más que un paso.

Sorprende en verdad que fueran precisamente los emperadores cristianos los que restablecieron la desigualdad de las clases ante la ley. Teodosio castiga con pena de muerte al hombre del pueblo por el mismo crimen que castiga con el destierro al hombre noble ó al sacerdote. Ya el Evangelio

cede su puesto al catolicismo, la antigüedad á la Edad Media. La forma de la nueva sociedad existe, en principio, en la jerarquía y desigualdades feudales del nuevo sacerdocio, y los pueblos bárbaros no tienen más que desbordarse para llenar este nuevo molde social.

Aquí es donde acaba la ciudad antigua y comienza la nueva; en los confines de estos dos mundos nos detenemos.

En los bajorrelieves tumularios se destaca un Genio fúnebre, que extingue con una mano su antorcha y con la otra conduce á los infiernos un caballero muerto y velado. Es el Genio de las religiones muertas, que conduce por la mano en el abismo al pueblo romano velado de tinieblas y de esclavitud.

FIN

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

Págs.

LIBRO TERCERO

LAS RELIGIONES INDIAS

- V.—El drama indio en sus relaciones con la religión. 5
IV.—La filosofía en sus relaciones con la religión.—El budismo. 21
VII.—Las religiones de la China.—La revelación por la escritura. 34

LIBRO CUARTO

LAS RELIGIONES DEL ASIA OCCIDENTAL Y DEL EGIPTO. —REVELACIÓN POR LA PALABRA Y POR LA VIDA ORGÁNICA.

- I.—La religión de los persas. 55
II.—La religión del Egipto.—La revelación por la vida orgánica. 77
III.—El principio religioso en Babilonia y en Fenicia.—El sentimiento de lo infinito en el amor pagano. 97

LIBRO QUINTO

LA RELIGIÓN HEBRAICA

- I.—Jehová.—La revelación por el desierto. 105
II.—Los profetas. 115
III.—Principio de la poesía hebraica. 124
IV.—La filosofía hebraica.—Job. 130
V.—Comparación entre el escepticismo oriental y el occidental. 142
VI.—La esclavitud en sus relaciones con las religiones orientales. 154

LIBRO SEXTO

LAS RELIGIONES GRIEGAS

I.—El aspecto de la Naturaleza y de las ruinas.	163
II.—Lo divino en la humanidad.—Las religiones griegas en sus relaciones con la poesía y las artes.	170
III.—El drama en sus relaciones con las religiones griegas.	181
IV.—La historia.	192
V.—La filosofía en sus relaciones con la religión.—Caída del politeísmo.	207

LIBRO SÉPTIMO

LAS RELIGIONES ROMANAS

I.—La religión y la política.	217
II.—Roma y el mundo.	231
III.—Los Césares.—La religión del derecho.—Fin de la ciudad antigua.	247

